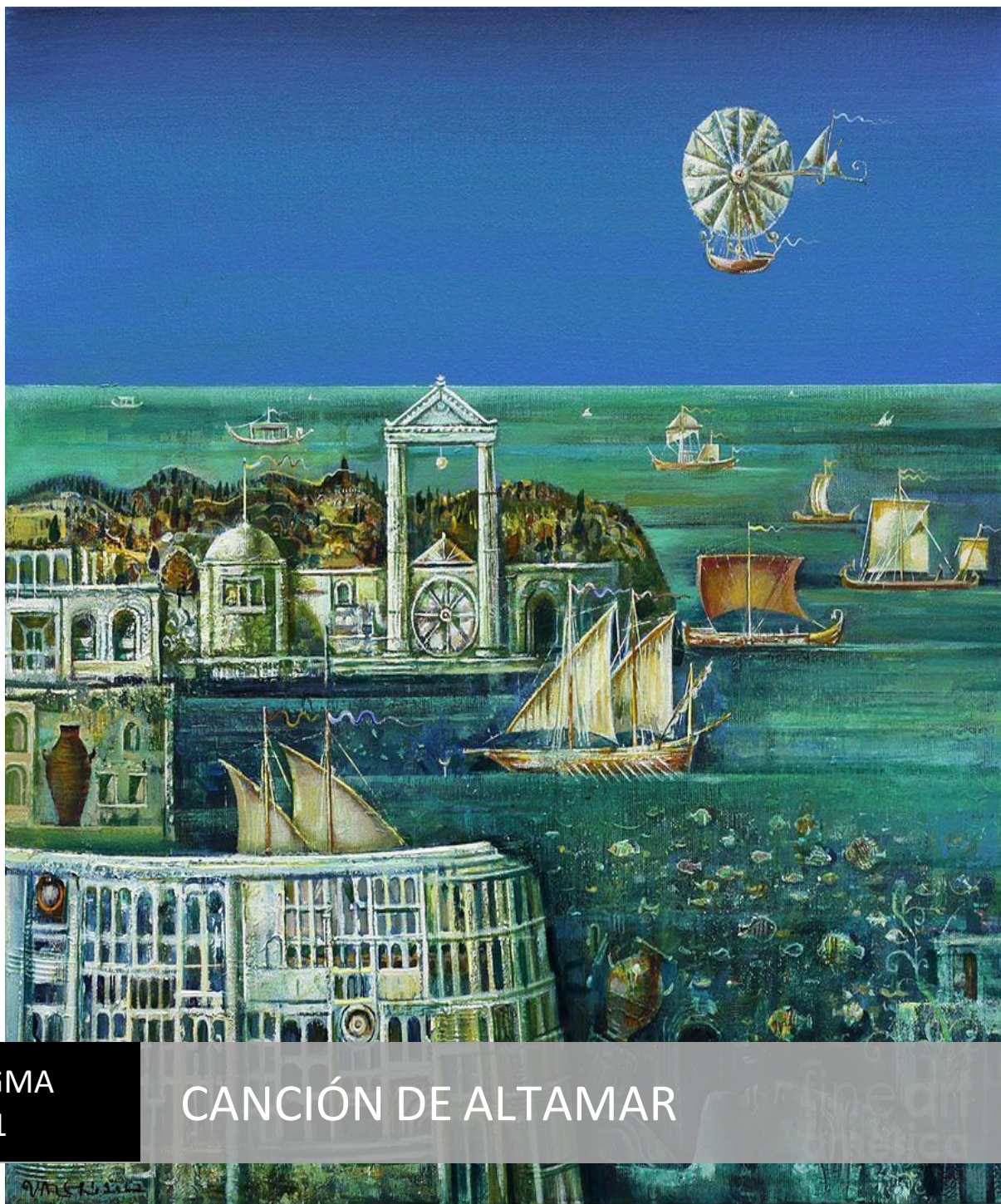


29/4/2021



DOGMA
2021

CANCIÓN DE ALTAMAR

UNA OPERETA EN TRES ACTOS | Por JKL

*Para mi abuelo materno.
Donde quiera que estés, espero que sigas soñando con el océano.*

PRIMER ACTO

ROMEO Y JULIETA

(UNA BALADA TERRENAL)

I

Mi nombre es Juan Córdova y, aunque mis versos no lo aparenten, nací hace unos cuantos cientos de años, en la España del rey Felipe II.

Desde que tengo memoria, siempre he sentido una gran atracción por todo lo marítimo. Cuando era apenas un recién nacido La Dama de las Olas me arropaba con su enorme manto marino; mientras mi padre, El Océano, me recitaba con voz angelical una vieja canción de cuna, olvidada con el pasar de los evos. Desechada con el pasar de los siglos:

*Más temprano que tarde,
todas las sirenas
se van a morir
al inmenso mar del olvido.*

*“Porque ya nadie las quiere”,
Afirman los instruidos.
“Porque su canto se ha marchitado”,
Exclaman las ninfas del rio Nilo.*

*A pesar de su gran desdicha,
tu no debes preocuparte
por padecer el mismo destino..*

*Recuerda que
tú no eres como ellas.
Ya que, en alguna parte del mundo,
Alguien te quiere.
Alguien te ama tal cual eres.*

Dulce y a la vez efímero.

Cuando cumplí los nueve años empecé a soñar con islas fantasmas, tierras desconocidas, barcos piratas, doblones de oro e infinidad de monstruos y

demonios marinos. De joven leía, y a veces escribía, historias de viajes que parecían salidos de otros mundos. Relatos fantasiosos repletos de luces en el cielo, sirenas asesinas, esqueletos parlantes, serpientes gigantes y, de vez en cuando, sorprendentes apariciones del mismísimo Rey Neptuno.

De más está decir que todo esto -y un par de cosas más-, me llevo a abandonar mi tierra natal en busca de una nueva vida como marino. Una increíble vida repleta de aventuras, escaramuzas y peligros.

Lamentándolo mucho, lo único que pude conseguir después de dos apasionantes años de vagar sin rumbo por las costas del viejo mundo, fue un pequeño empleo como comerciante de telas y, dicho sea de paso, una que otra baratija, rebautizada con el pintoresco nombre de “reliquia del nuevo mundo“.

II

La historia que hoy os relatare comenzó un fatídico día de verano, cuando yo apenas tenía 23 años. Eran los últimos días del reinado de Felipe II y, sin lugar a dudas, yo era el paquete completo: Joven, tonto y enamorado.

Sucedió pues, que, cuando regresaba de un viaje de negocios en Italia, me encontré frente a frente con una hermosa doncella. Un destello de luz en la esquina más famosa, del puerto más famoso, de la famosísima Lisboa.

Tomando coraje me acerque hacia ella, como un caballero andante a punto de rescatar a la tan anhelada princesa, le bese la mano y en lengua portuguesa le pregunte el nombre con que la habían bautizado en la santa iglesia.

-Julieta Álvarez -respondió en voz baja.

-Juan Córdova -repique, estrechándole la mano-. Encantado de conocerte.

-Igualmente mí querido Don Juan -vacilo esta, e instintivamente me eche a reír cual bufón de feria.

-¿Que hace una dama como tú en una ciudad tan escandalosa como esta? -le pregunte, unos minutos después de recobrar la compostura.

-Nada del otro mundo -vacilo-. Soy costurera.

-Vaya, vaya, vaya -arremetí.

-Tienes algún problema con eso -pregunto, extrañada a la par de molesta.

-No tengo ningún problema con su oficio *madame* -agregue-. Usted tómelo como los desvaríos de un noble... Comerciante de telas.

Para mi sorpresa, Julieta casi se desmaya de la risa con semejante jugarreta. No obstante, cuando la joven termino de reír, sus palabras se volvieron ligeramente más serias.

-No sé porque, pero, tengo el presentimiento de que tú también naciste en la madre patria.

-Cádiz y tú -exclame de manera un tanto victoriosa.

-Madrid.

-Tierra de gracia y mujeres bellas -añadí en un vigoroso español.

Cuando termine de hablar, las mejillas de Julieta poco a poco fueron adquiriendo el color de la sangre. Al notar que la vergüenza se iba apoderando su rostro, me trague mi orgullo y rápidamente pensé en disculparme. No obstante, cuando estaba a punto de articular una disculpa, la joven me miro fijamente a los ojos. Abrió la boca. Y, en el castellano más seductor imaginable, me dijo:

-Querrás decir, tierra de gracia y hombres hermosos.

Al oír esto último, una sonrisa de oreja a oreja broto de entre mi rostro, e inmediatamente supe que algo grande se estaba formando entre nosotros.

Tal parece que Julieta también se dio cuenta de esto porqué, a partir de ese dichoso momento, el tiempo se detuvo y las palabras surgieron de nuestras bocas durante horas y horas. Ininterrumpidamente. Casi como si fuéramos dos amantes primigenios, rencontrándose después de experimentar la soledad durante cientos y cientos de siglos y milenios,

III

Como ninguno de nosotros quería despedirse, entre bromas y flirteos, quedamos en tomar unas cuantas copas cuando las estrellas se apoderaran del cielo.

IV

La noche de aquel viernes fue, sin lugar a dudas, uno de los mejores momentos de toda mi existencia.

Después de mucho caminar, Julieta y yo decidimos refugiarnos en una modesta, pero hermosísima taberna, ubicada en el epicentro de una ciudad muerta. Una ninfa encadenada a una cruz invertida dotaba al lugar de un aire melancólico, mientras una horda de hadas grisáceas danzaba efervescentemente sobre la punta de un alfiler chapado en oro.

A nuestro alrededor, una horda de sátiros jugueteaba alegremente, sin reparar en ningún momento en los problemas de la vida moderna. Los ogros gritaban. Las ninfas cantaban. Y a ratos pareciera que la modernidad nunca había puesto un solo pie en esa fantasiosa taberna.

En cierto modo, era casi como si estuviéramos atrapados en un poema. Claro está, nunca le mencione esto a Julieta.

Por extraño que parezca, a Julieta no le gustaban los poemas. Me lo repitió mil veces mientras hablamos sobre la importancia de la cerveza en la civilización moderna.

Julieta hablaba sobre la cerveza y parecía que estaba hablando sobre los misterios de la existencia. Ella hablaba como un filósofo, como un erudito, como un profeta. Mi profeta

Esa noche me di cuenta de que ella era mi sacerdotisa, y mi sacerdotisa era todo lo que necesitaba para alcanzar las estrellas.

V

Cuando la luna y el sol cambiaron de lugares, caminamos torpemente hacia la casa de Julieta. Y ni en un millón de años adivinaran como me sentí cuando descubrí que la casa de mi amada era mansión de alta nobleza.

Estaba extrañado, de eso no hay duda, pero me tranquilice enormemente cuando ella me dijo que era hija de dos nobles que nunca habían conocido la

pobreza. Como era de esperarse, musite unas breves frases al respecto, pero lo cierto es que poco o nada me importaba si mi amada era hija de mendigos o si, en cambio, toda su estirpe pertenecía a la realeza.

Por alguna extraña razón, que aun hoy me resulta inexplicable, cuando veía a Julieta lo único que podía hacer era pensar en la letra de una vieja canción de cuna. Criminalmente olvidada, con el paso de las eras:

*Recuerda que tú no eres como ellas.
Ya que, en alguna parte del mundo,
Alguien te quiere.
Alguien te ama tal cual eres.*

Cuando por fin penetramos en el hogar de mi amada, observe con asombro el decadente espectáculo de la sociedad acaudalada. Y, sin querer queriendo, de mis labios empezó a surgir una antigua tonada pirata:

*Oro, plata y joyas.
Candelabros de diamante
y otras payasadas.*

*Oro, plata y joyas.
sillas de marfil
y manteles de seda africana.*

*Oro, plata y joyas.
Millones sin nada.
retratos de gente decadente,
sonríen para las generaciones pasadas.*

*Oro, plata y joyas.
Rostros vacíos
y otras payasadas.*

Al parecer Julieta se dio cuenta de mis murmullos porqué, cuando estaba a punto de concluir la tonada, la muy picara me invito a subir las escaleras que conducían hacia su cuarto.

En ese momento dejaron de importarme, de una vez por todas, los lujos y excentricidades de una simple costurera. Mientras subía las escaleras, no podía parar de pensar en un pasaje bíblico. Uno que hablaba de escaleras al cielo.

VI

Después de pasar juntos la mejor noche de nuestras vidas, Julieta y yo acordamos encontrarnos de nuevo. El próximo viernes, a la hora de las hadas.

No me enorgullece admitirlo pero, después de mi primera velada con Julieta, pasaba día, tarde y noche obsesionado con la esencia de sus besos, embobado con el recuerdo de sus caricias.

Todo lo bueno del mundo me recordaba a Julieta.

Todo lo malo del mundo me recordaba que no estaba con ella.

Todo lo feo del mundo me recordaba a todo, menos Julieta.

Esa semana trate desesperadamente de pensar únicamente en cosas feas. No pude. Tarde o temprano miraba el cielo y pensaba en Julieta.

VII

Entre soliloquios y blasfemias, el tiempo siguió cantando la canción de las eras.

Cuando por fin llego el día tan anhelado; Julieta y yo, nos encontramos a las afueras de su casa. Solos a la luz de las estrellas.

Mi amada me dio un suave beso en la mejilla y dulcemente me invito a pasar la noche en la casa de la opulencia.

Unos cuantos minutos después de mi llegada, Julieta me invito a cenar y comimos juntos una deliciosa cena, que su criada había preparado horas antes de que la deleitara con mi presencia.

No les mentiría si les dijese que nunca antes había disfrutado tanto del puré de papas y las costillas en su esencia.

Después de comer subimos decadentemente a la habitación de Julieta, donde el demonio de la lujuria poseyó nuestros aposentos y nos entregamos en cuerpo y alma a los placeres de la carne y el sexo.

Todo parecía ir de maravilla en nuestro festival carnavalesco cuando, de repente, algo inimaginable hizo estremecer nuestros cuerpos. Algo insólito y a la vez novelesco.

VIII

La puerta principal se abrió estrepitosamente, y sin previo aviso, quince minutos después de empezada la fiesta.

*Más temprano que tarde,
todas las sirenas...*

-¿Qué demonios fue eso? -pregunte horrorizado.

-No-No-No fue na-nada -Tartamudeo Julieta, nerviosa como nunca antes.

*...se van a morir
al inmenso mar del olvido.*

-¿Que fue eso amada mía? -insistí-. Si no te conociera, juraría que no somos los únicos acá en tu casa.

*“Porque ya nadie las quiere”,
Afirman los instruidos.*

-Tranquilízate cariño, te juro que no fue nada de nada -Porfió Julieta-. Lo más probable es que solo haya sido esa tontuela que tengo por criada. La muy distraída siempre anda olvidando sus cosas.

*“Porque su canto se ha marchitado”,
Exclaman las ninfas del rio Nilo.*

-¡Por el amor de Dios, Julieta! -Grite- ¡Qué demonios fue eso!

-Algo insólito, algo imposible, algo que no se supone que pasaría –Divago-.
Al menos no hoy, Al menos no contigo.

*A pesar de su gran desdicha,
tu no debes preocuparte
por padecer el mismo destino.*

-¡Pardiez, Julieta! ¡Dime de una buena vez, quién demonios es el que sube las malditas escaleras!

Recuerda que
tú no eres como ellas.

-Mi prometido -Respondió y se echó a llorar lágrimas de seda.

*Ya que, en alguna parte del mundo,
alguien te quiere.*

-Pero, tú me dijiste que eras soltera.

-En teoría, todavía lo soy -Dijo sacando una pequeña sonrisa de entre sus lágrimas- Aun no me he casado.

Alguien te ama tal cual eres.

-Solo por curiosidad, ¿Dónde demonios estaba tu marido la semana pasada?

-De viaje, el muy bastardo me dijo que regresaría dentro de tres semanas.

De repente los pasos, que cada vez se hacían más fuertes, desaparecieron para dar rienda suelta a una lluvia de puñetazos en la puerta de la habitación del pánico.

-Toma esta espada –sollozo Julieta mientras bruscamente me entregaba una vieja espada que estaba colgada encima de la cama—. Tengo el leve presentimiento de que podrías necesitarla.

-Maldita sea, Julieta ¿En qué demonios me has metido?

-Solo digamos que mi amante es un duque. Uno muy poderoso.

Dulce y a la vez efímero.

XI

Cuando Adán y Eva terminaron de saborear la fruta prohibida, las puertas del infierno se abrieron de par en par, para dar paso al señor de las tinieblas.

El ángel exterminador venía acompañado de tres de sus más fieles soldados infernales. Todos ellos cubiertos de pies a cabeza con la sangre resplandeciente de un dios muerto.

Contra todo pronóstico; su misión, y la de sus secuaces, eran bastante simple. Para más mal que bien, los renegados del diablo no descansarían hasta cubrir a los libidinosos habitantes del planeta tierra con su pestilente manto de justicia divina.

...

-Lo sabía -le dijo el ángel a Eva.

-Te juro que no es lo que parece -sollozo ella.

-Claro que es lo que parece, maldita mujerzuela -le grito-. Comiste de la fruta prohibida del jardín del edén cuando vuestro dios, que es bueno y generoso, os dio todo lo que necesitasteis.

-No me mires así. Todo esto es culpa de esa maldita serpiente -Gimoteo ella, mientras señalaba a una pintoresca serpiente que se contoneaba vivaracha por las verdes planicies del nirvana.

...

-Señor, por favor cálmese -intervine-. Le juro por la Divina Providencia que no sabía que Julieta era su prometida.

-¿Acaso no sabéis que es pecado jurar en vano?

-Amado mío -le suspiro la adúltera a su prometido- Podrías, por favor, dejar a este pobre hombre en paz. Aunque tú no lo creas, esto es solo un simple mal entendido.

-¡Tú no te metas, ramera de agua dulce!

-Y en cuanto a ti imbécil -continuó el Duque- ¿Qué coño haces con mi espada favorita?

-Na-Na-Nada señor -Tartamudee.

-Bip Bip Bip -Bramo- Además de tartamudo: cobarde, mentiroso, ladrón, nudista, adúltero y blasfemo.

-¡Todo eso es mentira! -Grite visiblemente apenado.

-¡Suficiente! -ordeno el noble- Soldados, matad al bastardo y traedme su cabeza. Mientras tanto, yo le enseñare modales a mi petulante florecita.

...

En un acto de metamorfosis infernalmente divina, la antigua espada del señor de las tinieblas se fusiono con los pedazos sangrantes de mi alma en ruinas. Entonces, por un momento y solo por un momento, no fui yo. Y la sangre de mis verdugos broto como ríos de agua viva, ocultos en un desierto de carne y hueso.

...

Cuando el último de los soldados por fin se sumió en su sueño eterno, aproveche el momento y, sin pensarlo dos veces, abandone, de una vez por todas, aquella espantosa casa de los espejos.

Estaba a salvo, pero no por mucho tiempo.

El duque, de cuyo nombre no quiero acordarme, había dado la orden de capturarme vivo o muerto. Me había convertido en un prófugo. Un fugitivo del amor verdadero.

X

Demás está decir que corrí como todo un loco por las calles de Lisboa. Si, por casualidad de la vida, también han estado enredados en una persecución -y de plano van perdiendo-, sabrán perfectamente como me sentí la noche de aquel fatídico sábado de los últimos días del reinado de Felipe II.

Después de una odisea deplorable, tragicómica como todo lo bueno, por fin llegue al puerto de Lisboa, donde me oculte en una vieja carpa pesquera por dos días seguidos. Fueron los dos peores días de mi vida y, con una suerte como la mía, eso ya es decir mucho.

Para mi fortuna, el martes a eso de las 9 de la mañana, la providencia volvió a sonreírme. Y, por obra y gracia del altísimo, me encontré con un viejo amigo de la madre patria. Su nombre era Víctor Quijada y era un orgulloso explorador del nuevo mundo.

Después de una larga presentación, y un ameno “*¿Qué hay de nuevo viejo?*”, le conté a mi amigo la triste historia de mi amor prohibido y sus funestas consecuencias.

Cuando termine de hablar pude ver como un ejército de lágrimas inundaba el rostro de mi viejo compañero.

-Ya no tienes de que preocuparte -dijo Víctor entre lágrimas-. Has conseguido un boleto gratis hacia el nuevo mundo.

-No es necesario.

-Claro que es necesario. Si te quedas aquí, tarde o temprano, te enterrarán vivo.

-Viéndolo de ese modo, creo que...

-Eso es lo único que quería escuchar. No perdamos más tiempo. Recuerda que tengo que mostrarte el navío.

-No tengo como agradecerte todo lo que has hecho por mí.

-No hay de que -exclamo-. Pero, si tanto quieres agradecerme, espabila un poco. Mañana por la mañana partimos a Canarias y no....

-¿Mañana por la mañana?

-¿Que no te lo dije antes? -musito-. Partimos a canarias mañana a las 5 en punto.

-Mierda -exclame.

-Modales -vacilo, y sus lágrimas se convirtieron en una enorme sonrisa burlona.

CONTINUARA...